por una las figuras sin cuento que constituyen sus páginas. En las ménsulas se suceden desde Adán y Eva todos los personajes de la historia sagrada, patriarcas, profetas, jueces, sacerdotes, matronas, apóstoles, evangelistas y uno que otro santo de la ley de gracia; solamente las del ándito contiguo á la sacristía y panteón de los monjes arrimadas á los arcos, ofrecen preciosos grupos de angelitos y fúnebres trofeos de calaveras. Cinco claves mayores sin los medallones intermedios, cuenta cada una de las veinticuatro bóvedas, y á dos series principalmente se reducen los bustos en ellas esculpidos: á la ascendencia temporal del Redentor formada de patriarcas y de reyes, interpolada con textos de la Biblia referentes á las grandezas del Mesías y de la Virgen Madre, que se encierran en elegantes tarjetones, y á la descendencia espiritual de San Benito. Todas las glorias de la orden tienen allí su ciclo especial presidido por el inmortal patriarca, santos, sabios, pontífices, emperadores, monarcas, reinas y emperatrices, diversos en época y país, en fama y en carácter, así los que de voluntad trocaron la púrpura por el hábito, como los que tuvieron el claustro por prisión destronados violentamente (1). Cierran esta brillante comitiva los fundadores

(1) En unos tarjetones se lee el resumen estadístico de las grandezas de la religión benedictina: *Sancti canonizati* 15600—*Doctores* 15700—*Reges* 29—*Cardinales* 200—*Imperatrices* 10, *reginæ* 12—*Papæ* 46—*Imperatores* 16. La galería por donde se entra es la que presenta más curiosa colección: en la primera bóveda hay diez y seis papas, en la segunda otros tantos emperadores, casi todos de Oriente, vestidos con el traje que llevan en sus monedas, y son Constantino, Teodosio, Teófilo, Alexis, Isaac, Lotario, Hugo, Miguel IV, Miguel V, Juan, Manuel, Romano César, Ludovico Pío, Miguel, el emperador de los búlgaros y otro cuyo letrero está borrado. Figuran en la tercera Santa Cunegunda emperatriz, Santa Ricarda, Santa Alfreda reina de Nortumberlandia, Santa Eteldreda de Mercia, Santa Batilde, Augusta, Constancia, María, Zoa, Eufrosina, Isabel, Inés, y Cunigunda emperatrices, Iñiga reina de León, Elburga de Sajonia y Matilde de Inglaterra. En la siguiente bóveda están Salomón rey de Hungría, Carlomagno rey de Germania, Casimiro de Polonia, Sigisberto de Nortumberlandia, Pipino de Italia, Rachis de Italia, Sigismundo de Borgoña, Vamba, Veremundo probablemente el Diácono, Alfonso IV de León, Alfonso VI de Castilla y Ramiro II de Aragón. Brillan en otra San Leandro, San Ildefonso, San Isidoro, San Anselmo, San Bruno, San Pedro Damiano, Alcuino, Beda y otros de no menor celebridad. En todas ellas la clave central reproduce la imagen de San Benito con este lema: *gratia Benedictus et nomine.*

del monasterio y su familia, acompañando á los santos tutelares, y protegiendo la casa con el esplendor de sus blasones (1).

Ya que de la fábrica del claustro primitivo nada respetó el siglo XVI, consignó al menos su recuerdo en las ventanas del lienzo que corresponde á la iglesia y en varias portadas semicirculares de arcos decrecentes, remedando como supo ó quiso las formas bizantinas. De agradecer es tal homenaje tributado en época en que se despreciaba por bárbara aquella arquitectura, y demuestra cuál debía impresionar la majestad de lo destruído, cuando así se transmitió su carácter, sin sentirlo tal vez, á las nuevas obras. En la portada de arco rebajado que introduce al templo, á par de las columnas abalaustradas y del delicado friso y de los grutescos que guarnecen el frontón, no se desdeñaron los artistas del renacimiento de afectar el gusto gótico cruzando en figura de rombos las estrías, de lo cual si resultó más bien una parodia que una imitación, acredita de todos modos su buena voluntad. Unos conceptuosos dísticos en el nicho inmediato, refieren á los abades fray Alonso Barrantes y fray Juan Díaz, fallecido aquél en 1627 y éste en 1631, la gloria de haber terminado la suntuosa reconstrucción (2).

(1) Están en la bóveda inmediata á la entrada de la iglesia, cuya clave central ocupan San Zoilo, llevando por singular anacronismo un traje del siglo XVI y un sombrero adornado con plumas, y las otras cuatro San Benito, Santa Escolástica, San Félix y Santa María Magdalena. Dos círculos inmediatos á la clave contienen los escudos del convento, que consisten en dos manos empuñando palmas con este rótulo: «de S. Zoil, de S. Felices, cuyos cuerpos están sepultados en este monasterio,» y otros dos las armas de la familia acuarteladas de castillos y leones, ni más ni menos que las reales, con el siguiente letrero: «Estas armas son del conde D. Gomez Diaz y de la condesa D.ª Teresa su mujer, que fué hija del infante D. Ordoño hijo del rey Ramiro de Leon, y de la infanta D.ª Cristina hija del rey D. Veremundo de Leon, fundadores de este monasterio.» Sobre la exactitud de esta genealogía nos referimos á la cita ya hecha del obispo D. Pelayo. No son más propios los trajes del conde y de la condesa, de sus tres hijos D. Fernando, D. García y Don Pelayo, y de sus tres hijas D.ª Mayor, D.ª Sancha y D.ª Elvira, cuyas figuras de medio cuerpo llenan los demás compartimientos de la crucería, los varones con yelmo y espada ó lanza, las mujeres con un libro en las manos.

(2) En 1633 fueron ambos trasladados á aquel nicho, en cuyo fondo se leen los citados versos:

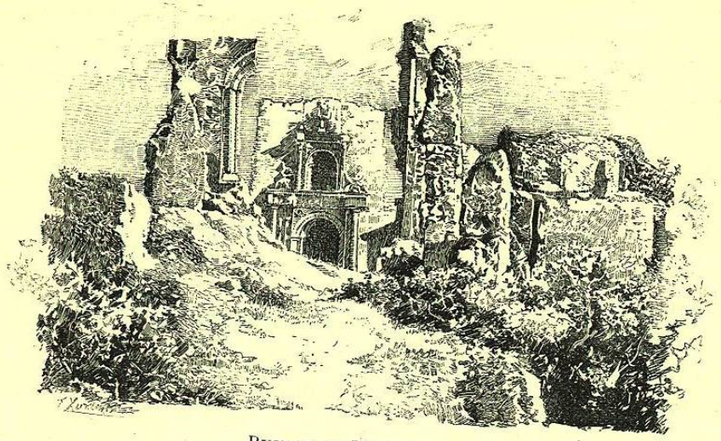
Sin los jesuítas, cuya modesta y sólida enseñanza vienen á buscar en aquel escondido rincón numerosos alumnos de todos los confines de España, el monasterio de San Zoilo yaciera probablemente confundido en un montón de ruinas. ¡Extraña casualidad! dos monumentos plateresco, los más insignes acaso en su línea, obras de un mismo arquitecto, de Juan de Badajoz, deben ambos su salvación y su custodia al benemérito instituto para el cual no fueron edificados y cuyo primer servicio cede en favor de las artes y del techo que le hospeda; y allí, como en San Marcos de León, á la sombra de las magnificencias de lo pasado se cultivan las esperanzas del porvenir (1).

Peor fortuna ha cabido á la abadía de Benevivere que florecía á media legua y al oeste de San Zoilo, poco inferior en antigüedad y opulencia. Lamentable es el espectáculo que ofrecen sus informes restos, á los cuales como de propósito se ha dejado la forma de almenas; y esta desolación contrasta dolorosamente con la frescura de los prados, con la amenidad de la huerta, con el murmullo de las aguas que constituían su pingüe propiedad. De pronto no despiertan el mayor interés la portada del renacimiento, ni las boceladas ventanas de la decadencia gótica, ni el desnudo exterior del ábside que permanece flanqueado de machones; pero visto por dentro son de notar sus ojivas no muy pronunciadas, sus capiteles entre góticos y bizantinos, sus cinco angostas y prolongadas lumbreras semicirculares, y los arcos que irradiando de la clave bajan á descansar sobre delgadas columnas. Á la derecha de la capilla mayor subsiste en pié otra capilla lateral y uno de los cuatro lienzos de la cúpula, que perforan dos rasgadas ventanas de me-

Barrantes que Diaz una conduntur in urna,
Quos decus in meritis unaque fama canit.
Suscitat ossa patrum virtus, ars marmora claustri,
Saxa loquuntur opes, ossa loquuntur opus.

(1) Uno y otro edificio, arrancados de la benéfica sombra que los protegía, han cambiado de destino; ignoramos cuál sea hoy día el de San Zoilo.

dio punto adornadas de mascarones. Todavía se demarca el recinto de la iglesia que era de tres naves, no tal como la fundó hacia 1165 el conde Diego Martínez de Villamayor, que después de haber servido en los más honrosos cargos á tres mo-



Ruinas de Benevivere

narcas, se labró allí su retiro entre los canónicos reglares de San Agustín, sino con las mudanzas que se dice haber hecho en ella por el año de 1382 su descendiente Diego Gómez Sarmiento.

Ha desaparecido empero sin dejar rastro toda la parte primitiva del siglo XII; el apostolado y el carro de Ezequiel ocupado por el Salvador del mundo y tirado de los animales del Apocalipsis, que según testimonio de Ponz estaban esculpidos sobre la puerta del templo; y la majestuosa entrada á la sala capitular consistente en un severo arco bizantino, á cada lado del cual había otros tres conteniendo estatuas, decorados con columnas del mismo género. Dentro de la sala veíase la urna del infortunado duque de Arjona don Fadrique de Castro, cuyo cadáver desde el encierro de Peñafiel, donde falleció en 1430, trajo su primo Pedro Ruiz Sarmiento á aquella casa de la cual

era patrono (1); y á ella vinieron también de Italia después de 1541 los restos de D. Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, representado en estatua de rodillas. El fundador Diego Martínez yacía en la capilla de San Miguel en tumba magnífica para aquella edad, aunque con sencillo y modesto epitafio (2). Estos sepulcros preciosísimos y otros de los condes de Salinas no existen ya sino en la cartera de algún arqueólogo, cuyo celo no alcanzó á librarlos de una gratuita destrucción en tiempos en que parecía hallarse al fin desahogada la furia del vandalismo revolucionario (3). Á la abadía estaba casi unido el priorato de San Torcuato, destinado á parroquia de los labradores del contorno.

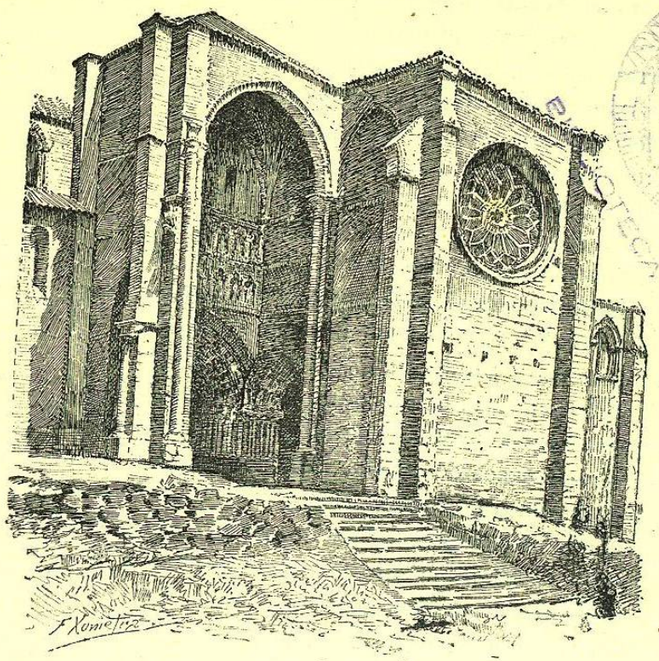
No era esta la única estancia que en el corto trecho de seis leguas de Carrión á Sahagún salía al encuentro á los peregrinos de Santiago: convidábales á medio camino el hospital de nuestra Señora de las Tiendas construído á propósito para ellos y perteneciente á la casa de San Marcos de León, cuyas tierras

(1) Ambos tenían por abuelo común á D. Fadrique, maestre de Santiago, víctima del rey D. Pedro su hermano, y D. Pedro Enríquez, padre del duque de Arjona, era hermano de D.ª Leonor, casada con Diego Gómez Sarmiento y madre de Pedro Ruiz. Mariana se equivocó en suponer á éste sobrino y no primo del duque; y el epitafio del sepulcro, bastante posterior al suceso según parece, incurría en dos errores, uno refiriendo al año 1432 el óbito que fué en 1430, y otro haciendo á Pedro Ruiz primer conde de Salinas, título no creado hasta 1470 á favor de otro D. Diego Sarmiento. Véase sobre la prisión y muerte de D. Fadrique, que de su madre D.ª Isabel tomó el apellido de Castro, la pág. 204 del presente tomo. Núñez de Castro, historiador de Guadalajara, afirma que el cadáver fué trasladado desde Benevivere á la iglesia de Santa Clara de Toledo, como indicamos al hablar de ésta en el tomo de *Castilla la Nueva—Toledo*.

(2) Siguiendo la copia de Ponz decía: *Hic jacet venerabilis memoriæ Didacus Martinez, domus Beneviverensis ædificator, patronus ejusdem domus, cujus anima requiescat in pace: obiit era MCCXIIII nonas novembris*. Pulgar lo trae bastante variado, poniendo *Didacus Ordonius* por *Martinez*, señalando la era correspondiente al año 1175 y no 1176, y añadiendo *existente domino Pascasio primo abbate*. Morales le apellida Diego Fernández y dice fué mayordomo de Alfonso VIII que le dió la abadía después de haber comenzado á fundarla.

(3) Fué vendido y derribado el edificio en 1843 á pesar de los extraordinarios esfuerzos que hizo para salvarlo la Comisión central de Monumentos y en especial su dignísimo secretario D. Valentín Carderera, quien cuando estaba aún intacto en 1836 copió los sepulcros y el pórtico del capítulo, conservando en su inestimable colección, ya que de otro modo no pudo, el diseño de aquel y de tantos otros.

en 1182 declaró exentas de todo pecho Alfonso VIII. Menos distaba de Carrión por el lado del norte otro monasterio benedictino situado á una legua de la villa en Nogal de las Huertas, bajo el título de San Salvador, el cual viviendo á la vez en



VILLALCÁZAR DE SIRGA.—CONVENTO DE TEMPLARIOS

abundancia de bienes y en austera disciplina, existió agregado al de Sahagún desde 1093 hasta 1494 y acabó por ser reducido á priorato. Á igual distancia tenía al este la población de los condes una encomienda de templarios en Villalcázar de Sirga, donde se eleva aún el monumento más notable de la comarca y acaso de la provincia entera, bastante por sí solo á consolar de las cuantiosas pérdidas que apuntamos.

El alcázar, que dió nombre al pueblo y que ha desaparecido, debió estar arrimado á la iglesia parrroquial, en cuyo flanco derecho todavía avanza algún torreón, indicio de su fortificación primitiva. Dícese que á su espalda y sobre las bóvedas de su cabecera se levantaban las habitaciones de los misteriosos caballeros; y parecen comprobarlo el truncado remate del muro y el cerramiento de las naves, que no terminan en ábside como de costumbre, sino en pared recta con tres ventanas que si bien ojivales pueden por su carácter calificarse de bizantinas. Á los piés del templo cayó también, según oímos asegurar, la primera bóveda, y con ella la fachada si es que llegó á construirse, como lo hacen creer cinco ó seis estatuas colocadas en lo alto; el brazo derecho del crucero aparece cortado, y hundida la gran torre de piedra que al extremo de él se erguía y que se habilitó posteriormente de cualquier modo con obra de ladrillo. Sin estas quiebras y mutilaciones, que preferimos atribuir á desgraciada ruina más que á voluntario derribo, mereciera tal vez la oscura parroquia de Villasirga el primer lugar entre los edificios más suntuosos de aquella orden espléndida, sobre todo si fuera exacta la tradición que corre allí acreditada entre los vecinos, de que un tiempo la ceñía al rededor un pórtico incompable igual á la bóveda que cubre su portada lateral. Su altura compite con la de la nave mayor, y la gallardía de sus arcos apuntados con la de los interiores: situada en el ángulo descrito por la nave izquierda y el brazo del crucero, que se adelanta ostentando en su frente una gentil claraboya, raya en lo ideal la pintoresca combinación de sus líneas y la belleza de sus detalles. Algo de semejante vimos en Támara, no tan imponente ni tan rico de escultura. Ábrense en el rincón dos portadas, una enfrente de otra, la mayor que corresponde á la nave, la menor tapiada hoy día al crucero que formaba capilla aparte: ambas con sus columnas bizantinas y arcos ojivales, que son cinco en una y tres en otra, declaran haber nacido en el período de transición hacia el siglo XIII, pero se aproximan al delicado

gusto del XV las figuritas de ángeles y bienaventurados distribuídas por los arquivoltos. Dos series de nichos trilobados descansando en pareadas columnitas cubren el muro encima de la puerta principal hasta el arranque de la bóveda, ocupados por estatuas de santos no menos estimables, que preside la Virgen en la línea de abajo, y en la de arriba el Salvador rodeado de los símbolos de los evangelistas. Los machones indican que este atrio cubierto debía prolongarse, trazando al aire libre una vasta nave de extraordinaria majestad.

Tal como existe el templo se acerca su planta á la forma de cruz griega, pues corta casi por medio la anchura de las tres naves el crucero, alargándose otro tanto en cada brazo, sólo que el derecho queda truncado según dijimos. Aunque en las bóvedas y en los arcos de comunicación triunfa la ojiva ligera y desenfadada, llevan el sello de la época anterior los capiteles de las columnas que se agrupan en número de doce al rededor de cada pilar, y las ventanas de medio punto de la nave central que se han escapado de ser convertidas en circulares tragaluces. Á la intersección del crucero sigue otro segundo de menor amplitud, con ventanas bizantinas en sus dos extremos, y en sus cuatro ángulos efigies de santos debajo de doseletes góticos del primer período y un púlpito guarnecido en el antepecho de esculturas de la misma clase. Capillas en el fondo de las naves ya observamos que no las hay, ni probablemente las ha habido nunca, acaso por la disposición del convento que caía á sus espaldas; pero no falta en su sitio el retablo mayor, compuesto de bajos relieves en el pedestal y de pinturas en tabla representando misterios al rededor de la figura de Nuestra Señora colocada en el centro con su guardapolvo de crestería. Otro retablo también purista le acompaña, al extremo de la nave izquierda.

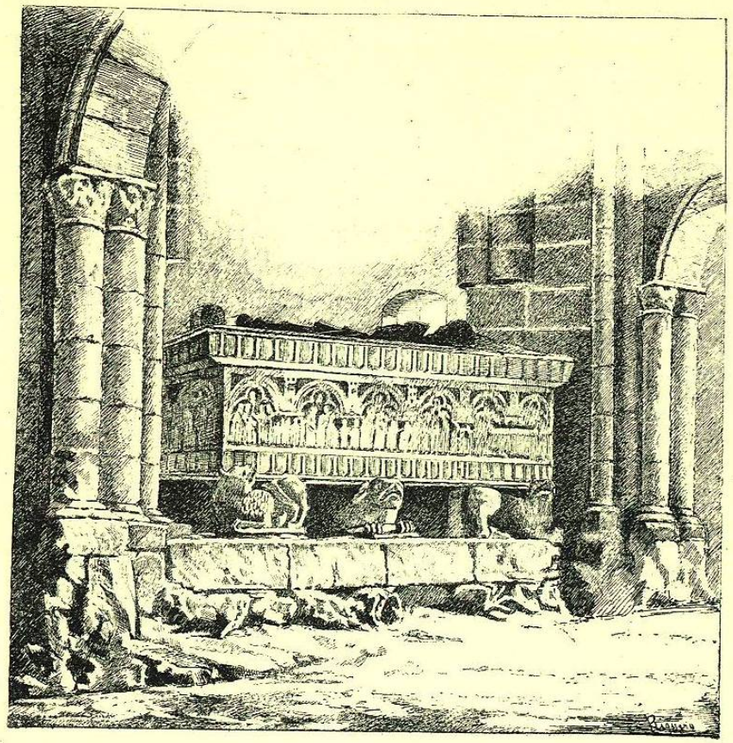
Por aquel lado describe el brazo del crucero una capilla espaciosa, que tenía, como hemos visto, comunicación directa con el pórtico y dependía de San Marcos de León, á cuyos caballeros pertenecen sin duda sus enterramientos. Corren á lo

largo del muro tres hornacinas de ojiva rebajada, por fuera orladas de labores platerescas, y en medio se levanta sobre seis leones una tumba aislada con escudos de armas en su delantera y una estatua tendida, de mérito notable respecto de su antigüedad, que tiene un halcón en la mano y tres perros á sus plantas. Lleva en la cabeza un bonetillo, la cruz de Santiago al pecho, una larga túnica casi talar y espuelas en los piés; el letrero se ha hecho ilegible (1); pero la semejanza del traje y del corte del cabello con el de otros bultos que yacen en el monasterio de Aguilar de Campóo, y sobre todo la igualdad de un relieve de la coronación de la Virgen esculpido en su cabecera con otro que allá se ve, nos permitirán más adelante averiguar próximamente la época de esta sepultura y tal vez hasta el nombre del escultor.

No es ésta sin embargo la que ha venido á buscar en Villasirga el viajero y que así por su magnificencia como por la celebridad del personaje que la ocupa constituye la más preciada joya del templo. Debajo de la postiza escalera que conduce al coro colocado sobre maderos en las dos bóvedas contiguas á la entrada, cierra á la derecha el segundo arco de comunicación la urna grandiosa del infante D. Felipe y el arco colateral la de su consorte. Allí descansa el quinto hijo de Fernando el Santo y de Beatriz de Suavia, el alumno del arzobispo D. Rodrigo educado á la sombra de la catedral de Toledo, el discípulo de Alberto Magno en las aulas de París, el abad de Valladolid y Covarrubias y arzobispo electo de Sevilla, que todas estas dignidades abdicó en su mocedad por lograr la mano de la princesa Cristina de Noruega, para indemnizarla, según se dijo, de la del rey Alfonso X á quien venía destinada. Nada del amor al estudio y al retiro, nada de las pacíficas inclinaciones de su primer estado conservó el infante en su bulliciosa carrera, empleada

(1) No pudimos distinguir con certidumbre en la inscripción ni el nombre ni la era, y sólo sospechamos si se leería *Juan Pérez*.

casi únicamente en suscitar disturbios en el reino y ligas entre los magnates, y en mendigar alianzas contra su hermano y rey á Navarra, á Portugal y hasta al rey moro de Granada, en cuya corte



VILLALCÁZAR DE SIRGA.—SEPULCRO DEL INFANTE DON FELIPE

residió largo tiempo y le acompañó á Sevilla para hacer las paces con Alfonso. Al año siguiente de 1274, á 28 Noviembre, acabó sus días en Sevilla hacia los 44 años de su edad en paz y en gracia del soberano, antes que las desventuras y desunión de la real familia le complicaran en nuevas y más culpables rebeliones.

La que enfrente yace no es aquel blanco lirio del norte agos-

tado por el ardiente sol meridional, que murió de pena dicen por el desigual trueque de su consorcio, ¿y quién sabe si, más bien que por ambiciosas aspiraciones, por un afecto más tierno y puro? Cristina probablemente reposa en Covarrubias, en Villasirga la segunda mujer de D. Felipe, Leonor Ruiz de Castro, que con sus derechos al infantado de León dió pretexto á su marido de mover querellas al monarca y le trajo las alianzas de su hermano D. Fernando y de su tío D. Nuño González de Lara. De este casamiento no se conoce más fruto que un hijo de ignorado nombre que murió niño en vida de sus padres y duerme con ellos; tuvo además el infante una hija llamada Beatriz Fernández que vivía en 1321 (1). Sobrevivió Leonor al esposo, y por su testamento se mandó enterrar en el convento de San Felices de Amaya de la orden de Calatrava, donde se les creyó largo tiempo sepultados á los dos, hasta que salieron del olvido las tumbas de Villasirga y fueron sacadas á la luz sus inscripciones (2). Por qué y cómo se encuentran allí á pesar de la volun-

(1) Así la nombra el testamento de D.ª Blanca de Portugal, nieta por su madre de Alfonso el Sabio, llamándola expresamente hija del infante D. Felipe y legándole dos mil maravedises. Pellicer la equivoca con D.ª Beatriz de Castro, mujer de Diego Pérez Sarmiento el Viejo y segunda dotadora del monasterio de Benevivere, que murió en 1340.

(2) Todos los autores anteriores al siglo pasado ignoraron, no sabemos cómo, la existencia de estos sepulcros, incluso Rades que describe los escudos que tenía el entierro de la infanta en San Felices de Amaya, uno con la banda de los Castros y otro con siete roeles, y añade que desde allí mandó Felipe II trasladar los cuerpos á Burgos en 1568. Salazar y Castro cita el testamento otorgado por la misma á 27 de Abril de 1275 en Santa Olalla, lugar de su abuela D.ª Elo que dejó á la orden de Calatrava. Á mediados del último siglo fué reconocido el cadáver de D. Felipe por orden de D. Andrés Bustamante, obispo de Palencia, que hizo poner llave á la urna, y fué hallado perfectamente incorrupto y blando al tacto, revestido de un bordado manto real. La inscripción puesta detrás de la cabecera del sepulcro dice así: *Era millesima trecentesima duodecima quarto kalendas mensis decembris vigilia beati Saturnini obiit dominus Filippus infans, vir nobilissimus, filius regis domini Fernandi, patris cujus sepultura est Hispali, cujus anima requiescat in pace amen. Filius vero jacet hic in ecclesia beate Marie de Villasirga cujus anima omnipotenti Deo et sanctis omnibus commendetur — dicant pater noster et ave Maria.* Por estar harto arrimada al poste la pesada urna de la infanta que sin mucha gente y trabajo no es dable mover, no puede leerse su epitafio que comprobaría la verdad de aquel entierro y fijaría el año de su muerte. Ponz, no sabemos por dónde, la llama Inés.

tad de la testadora, no hemos podido averiguarlo: tal vez Don Felipe en sus últimos momentos, como acostumbraban los personajes de aquel siglo, vistió el hábito del Temple, y los caballeros se llevaron su cadáver á dicha casa, una de las más antiguas y suntuosas de la orden, adonde le siguió para no estar divididos el de su viuda.

Rostro aplastado, ojos cerrados muy prominentes, bonete con orejeras, el halcón en una mano y la otra puesta en el puño de la espada, onduloso manto que le envuelve, y á los piés un perro y un conejo, caracterizan la efigie del infante, de tamaño mayor que el natural, acostada sobre la cubierta. Con la roja cruz del Temple alternan en los escudos los castillos paternos y las águilas de la casa de Suavia que también se distinguen en el cinto. Rodea los costados de la urna la fúnebre comitiva compuesta de innumerables figuras de relieve, de las cuales varias sirven de columnas á los arcos de adorno, unas en procesión delante del ataúd, otras en confuso tropel mesándose los cabellos, gentes á pié y á caballo, monjas y plañideras, frailes y obispos, músicos con trompetas y caballeros con la cruz en el pecho, y por último la representación del sepulcro sostenido por leones como lo está el original. En la cabecera se ve al moribundo cogiendo de la mano á su esposa y á otra persona poniendo la suya sobre la cabeza del mismo (1). Análogas escenas figuran

(1) Á fin de completar la descripción de estos relieves, añadiremos la que de los mismos publicó el Sr. Amador de los Ríos en el *Museo español de antigüedades*, 1.er tomo, observando en la expresada urna detalles que no advertimos bastante, y omitiendo otros á su vez. «Allí se mira, dice, la infanta Leonor sobre un caballo enlutado, rodeada de sus damas, vestidas unas de corte, cubiertas otras de negros monjiles, y seguida de las endechadoras que parecen entonar lastimeros cantares. Allí el féretro con el cadáver conducido en hombros de seis escuderos y escoltado por una cabalgata de caballeros, acompañados á su vez de hombres de armas que llevan del revés los escudos nobiliarios del príncipe. Allí el caballo de batalla del D. Felipe, mostrando pendiente del arzón en igual forma su escudo de armas, y llevado de la rienda por un paje. Allí las órdenes religiosas, los abades y obispos, los clérigos y acólitos, elevando al cielo sus preces por el alma del magnate, y á su lado sostenida por sus damas, rasgándose las vestiduras y mesándose el cabello, reproducida la figura de la infanta, cuyo dolor procuran mitigar en vano algunas religiosas.»